

LENGUAJE Y RADICALIZACIÓN POLÍTICA: LA JUVENTUD DURANTE LA FORMACIÓN DEL FASCISMO ESPAÑOL

LANGUAGE AND POLITICAL RADICALIZATION: YOUTH DURING THE FORMATION OF SPANISH FASCISM

Miguel Soler Gallo
Universidad de Salamanca
(España)
miguel.soler@usal.es
<https://orcid.org/0000-0003-3361-4845>

RECIBIDO: 18/06/2024
ACEPTADO: 29/07/2024

RESUMEN

En este texto se analiza el lenguaje que la juventud fascista española utilizó en los orígenes de la ideología para presentarse ante la sociedad, mostrar su manera de entender la realidad política y arrinconar a las otras opciones de gobierno o propuestas ideológicas, especialmente, las provenientes del marxismo, como el comunismo y el socialismo. Se trata de un colectivo que, por razón de edad, sintió que debía participar de los acontecimientos revolucionarios que sobrevinieron al país en los años treinta del pasado siglo y, por ello, no dudó en desmarcarse de otras generaciones anteriores para acaparar todo el protagonismo.

Palabras clave: juventud española, fascismo, radicalización, lenguaje, discurso político.

ABSTRACT

This text analyzes the language used by Spanish fascist youth in the early stages of the ideology to present themselves to society, demonstrate their understanding of political reality, and sideline other government options or ideological proposals, especially those from Marxism, such as communism and socialism. As a group defined by their age, they felt compelled to participate in the revolutionary events that swept the country in the 1930s. Consequently, they did not hesitate to distance themselves from previous generations to claim the spotlight.

Keywords: Spanish youth, fascism, radicalization, language, political discourse.

INTRODUCCIÓN

Aunque el fascismo tuvo especial relevancia en Italia y Alemania, no fue un fenómeno exclusivo de estos territorios, sino que se extendió a otros lugares del mundo, como España, a través del mo-

vimiento Falange Española, surgido el 29 de octubre de 1933 y liderado por José Antonio Primo de Rivera. Existían en el país otros dos grupos afines al fascismo, las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (JONS), de Ramiro Ledesma Ramos, y las Juntas de Actuación Hispánica (JAH), de Onésimo Redondo, que fue absorbido por el primero. La afinidad ideológica existente entre jonsistas y falangistas los llevó a fusionarse el 15 de febrero de 1934, dando lugar a la irrupción de Falange Española de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FE de las JONS). Al poco tiempo, Ramiro Ledesma se distanció de Primo de Rivera, no así Onésimo Redondo, que permaneció junto a él, pese a que las JONS fuesen, a partir de la fusión, nada más que Falange.

Como ideología, el fascismo propugna una acción política totalitaria a la que se oponen valores como liberalismo y democracia. Dado que el fenómeno trasciende el plano puramente político-ideológico para abarcar los ámbitos social, económico, cultural o artístico, se corre el riesgo de no ser exhaustivo cuando se trata de definir el término. Southworth (1967) argumenta que la dificultad reside en que se busca

un sistema de pensamiento universal, una ideología permanente y de envergadura, allí donde no existía más que un subterfugio político efímero y primitivo, una táctica fabricada para un segundo de historia y una gran estrategia capaz de organizar el mundo durante mil años (p. 15)

En opinión de Payne (1965), ser fascista supone “la adhesión a un sistema de gobierno autoritario, corporativo y nacionalista” (p. 6). García Santos (1980) ofrece una definición de fascismo en el plano político y otra en lo que respecta a lo económico y social; para el primer caso, entiende que se exalta el nacionalismo, se propugna el autoritarismo y se defiende una postura ideológica anticomunista y antiliberal. En el segundo caso, destaca el corporativismo como forma de Estado. Neocleous (1997) señala que es un sistema político

contenido en el capitalismo moderno que implica la movilización de las masas con propósitos nacionalistas y contrarrevolucionarios, el militarismo y la búsqueda de un aparato estatal elitista, autoritario y represivo, articulado a través de una difusa filosofía vitalista de la naturaleza y la voluntad (p. 11)

Eco (2002, pp. 77-86) indica que ser fascista implica el culto a la tradición, rechazo a la modernidad y a las propuestas liberadoras de la revolución francesa, irracionalismo, culto a la acción, el disenso como traición, miedo a la diferencia, racismo, llamamiento a las clases medias, obsesión con las conspiraciones, xenofobias, antipacifismo, la vida como lucha permanente, elitismo, culto a la muerte, machismo y populismo. Paxton (2004) sostiene que el fascismo en el poder “es una amalgama de ingredientes conservadores, nacionalsocialistas y radicales de derecha, diferentes pero compatibles y unificados en torno a enemigos comunes y al deseo compartido de una nación regenerada, fortificada y purificada” (p. 207). Y, por último, en el *Diccionario* de la Real Academia Española (2014), en la primera acepción del término ‘fascismo’, se dice que es un “movimiento político y social de carácter totalitario que se desarrolló en Italia en la primera mitad del siglo XX, y que se caracterizaba por el corporativismo y la exaltación nacionalista”.

A partir de estas definiciones, pueden establecerse varios aspectos que se encuentran presentes en la ideología. Se trata de un movimiento político que se perfila mediante el juego de

oposiciones con el que las personas afines se distancian de las demás alternativas de gobierno al mostrar un profundo rechazo hacia la mentalidad liberal, democrática y marxista. Existe una exaltación al concepto histórico nacional y a la vida castrense, que refleja el anclaje en la tradición y el anhelo de modernidad. El individuo que mejor representaba esta simbiosis era el hombre joven, por lo que existe un canto constante a la juventud como la generación encargada de emprender el camino de la reconducción de la nación a la noción de imperio y desterrar a las demás ideologías por medio de la violencia. A esta generación se la califica de heroica, ya que se entiende que su misión es idéntica a las de las míticas gestas de la historia, en las que un pueblo redime a otro. La unión familiar inquebrantable, padre-madre-hijos, y el sentido misional de la vida conforman los pilares sobre los que asienta el fascismo. El concepto de élite es igualmente importante, pero es una élite no determinada por el poder adquisitivo-material, sino por la inteligencia, la pureza racial, la carencia de enfermedades y deformaciones físicas. Por último, hay que aludir al corporativismo como modelo de ordenamiento en lo que respecta a las relaciones de trabajo. En este sentido, la ideología fascista no niega la propiedad privada, sino que defiende que la ciudadanía en su conjunto tiene un deber con respecto a la sociedad en la que el fenómeno económico repercute, y es el Estado el órgano que se preocupa por lo que se entiende que debe ser el bien de la masa, sin distinción de clases sociales. El fascismo no se concibe como un hecho temporal, sino que se sustenta en la creencia de que es preciso efectuar la conquista del Estado para la perpetuidad, a diferencia de los gobiernos democráticos que contemplan la alternancia en el poder del partido político que resulte vencedor de unas elecciones. Poco antes de la fundación de Falange Española, Primo de Rivera (1933) reconocía que su intención en política no era la de “abogar por la transitoriedad de una dictadura, sino por el establecimiento y la permanencia de un sistema” (p. 4).

En este trabajo se tendrán en cuenta estos factores para analizar la drástica aparición en la sociedad española de los años treinta del pasado siglo de la generación que le tocó vivir la irrupción del fascismo en plena juventud y que quería distanciarse de otras que le habían precedido. Esta generación juvenil, cuya edad rondaba los veinte años, se abrió camino en la sociedad por medio de una retórica agresiva y una interpelación directa hacia quienes representaban formas de vida e ideas opuestas a la modernidad del fascismo y el Estado totalitario. A la hora de estudiar el tipo de lenguaje que utilizó esta juventud para expresar sus inclinaciones ideológicas, se acota el período de análisis al marco temporal que va desde pasada la fundación de Falange Española hasta un poco después del estallido de la Guerra Civil, el 18 de julio de 1936, una vez ya fusilado Primo de Rivera, el 20 de noviembre de ese año, aunque el final del movimiento joseantoniano se suele señalar con el decreto de unificación de abril de 1937, mediante el cual Franco aglutinaba a las fuerzas políticas opuestas al gobierno republicano para avanzar en una única dirección en la contienda, sectores tradicionalistas, carlistas y otros monárquicos. De modo que aquel movimiento, compuesto en su mayoría por jóvenes universitarios, perdía su esencia, su retórica simbolista y pasaba a ser utilizado para legitimar un sistema puramente militar.

La metodología empleada será de lectura, extracción y comentarios de palabras, frases o fragmentos y glosa de discursos y artículos aparecidos en revistas y periódicos de la época del propio líder falangista y de otras personas vinculadas al movimiento (muchos de estos escritos publicados de forma anónima), para buscar la significación política y analizar la manera en la que este lenguaje sirvió para originar una conciencia de grupo, delimitar sus posiciones, su concepción de la realidad política y despreciar a los sectores opuestos.

LA RADICALIZACIÓN VERBALISTA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA FASCISTA

El movimiento Falange Española, en el momento de su irrupción, parecía exigir a la juventud una demanda energética para poner solución a la realidad política española en un período revolucionario y de fuerte tensión. El ambiente entonces era de absoluto pesimismo y de descrédito hacia las formas tradicionales de hacer política, sobre todo después de la guerra contra Estados Unidos y la consiguiente pérdida de las últimas posesiones de ultramar: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. El Imperio español se había derrumbado y el poder hegemónico que había prevalecido en el mundo durante tres siglos y medio dejaba de existir. A estos sucesos los continuaron otros que trajeron nuevas consecuencias negativas para España: la crisis del 14, la Campaña de Marruecos del 21 y el desastre de Annual, y, sobre todo, la caída de la Monarquía de Alfonso XIII y la proclamación de la II República y, con ella, la propagación de los principios ideológicos del marxismo, concebido como un sistema político de signo antioccidental, alejado de la esencia verdadera del espíritu español por su marcado sentido anticristiano. Si el llamado “Desastre del 98” suponía una descomposición externa del imperio español, la República, para el movimiento falangista, significaba la fragmentación interna, por lo que, bajo esta apreciación, ya nada quedaría erguido, y era la existencia misma de España la que requería una urgente intervención, a fin de rescatarla del precipicio al que se veía abocado el país: “Salvar a la humanidad, a la hispanidad de la catástrofe” (Nuestro fin, 1935, p. 5).

Se entiende que la juventud debe situarse al frente de la situación y así se proclama en los discursos y lemas políticos que emanan de los medios de comunicación y mítines falangistas. El objetivo es combatir “los fines bastardos de los *rojos* que sirven indicaciones tenebrosas del extranjero” (*Ibid.*). La cita se refiere con la alusión al extranjero a Rusia, en concreto, a Moscú. El color “rojo”, utilizado como insulto, se empleaba, y aún quedan reminiscencias de este valor, para referirse a quienes se declaraban comunistas, anarcosindicalistas, socialistas y republicanos. En este sentido, Falange comienza una férrea defensa de lo que ha venido significando históricamente España contra las corrientes de pensamiento extranjerizantes, a pesar de que, de tener que adoptarse un referente fuera del país, Roma sería el espejo. Aunque, como indica García Santos (1980), no solo Italia con centro en Roma representaba el fascismo, también Alemania con centro en Berlín, por lo que la oposición “Berlín / Moscú o Roma / Moscú vale tanto como fascismo / comunismo” (p. 113). Las referencias a estos espacios encierran un sentido importante para generar tensión entre los bandos opuestos, al mismo tiempo que agrupan, confieren sentido de unidad a los vinculados en uno y otro lado. En este sentido, no es más que un recurso que polariza el discurso, ya que la alusión a estos espacios comunica valores e ideas en pocas palabras; por lo tanto, es ideal para condensar el mensaje (Van Dijk, 1996). Si la Italia de Mussolini se encaminaba hacia el futuro ayudada por el ideal del pasado imperial romano y la Alemania de Hitler lo hacía por el sueño de un nuevo Reich, de un Imperio Germánico, cuyo signo era la cruz gamada de los arios, del racismo, la España de la Falange se apoyaba en los símbolos del yugo y las flechas de los Reyes Católicos, quienes consiguieron la unidad territorial interior y la expansión por el mundo (Soler Gallo, 2019). Van Dijk (2008) habla de la “Historia como lección” (p. 114), esto es, la acción de recurrir a episodios históricos para explicar una situación presente, ya sean positivos o negativos. En el caso concreto de Falange Española no es tanto este ejercicio revisionista lo que se realiza, sino exponer hitos históricos vinculados a personajes heroicos del pasado para enlazarlos como espejo del futuro que quiere construirse en España, la vuelta al imperio.

El elemento de la juventud no fue exclusivo de Falange Española. De forma general, puede hablarse de Juventudes Socialistas, Juventudes Comunistas o Juventudes de Acción Popular. Sin embargo, lo que diferencia a estas juventudes de la falangista es que en el movimiento joseantoniano era una exigencia ser joven para formar parte de él, ya que se excluían a las generaciones precedentes por hacerlas responsables de la pésima situación en la que se encontraba el país. Para José Antonio Primo de Rivera, los destinos de España se dirimían entre dos tipos de juventudes, la marxista y la falangista. Lo que unía a ambas era la consideración de que el sistema liberal capitalista del siglo XIX había quedado anticuado y, en consecuencia, la única solución era la apuesta por un orden nuevo: “Los marxistas creen que ese orden es necesariamente el suyo; nosotros, conformes en gran parte con la crítica marxista, creemos en la posibilidad de un orden nuevo sobre la primacía de lo espiritual” (Primo de Rivera, 1935b, p. 1). El resto de las juventudes representaban una “estupidez”:

Es querer hacerse los distraídos ante un mundo que cruje. Tal es el intento de todos los grupos conservadores, se llamen como se llamen, y de sus pretendidas Juventudes. Y para hacerse mejor los distraídos, para que la digestión no se les inquiete con ninguna alusión molesta, se apresuran incluso a prohibir emblemas, camisas, banderas, todos los atributos de los que adivinan, más allá de las tormentas, una nueva concepción del mundo (*Ibid.*)

La lucha, pues, se ceñía entre estos dos grupos ideológicos y se esperaba el triunfo del que englobaba a Falange para poner fin al “Estadito liberal, anémico y decadente” (*Ibid.*). La división de la sociedad es una pretensión determinante en la lucha política y se aprecia con nitidez en esta maniobra de separación de las juventudes, de un lado, la falangista y, de otro, las demás. La falangista representa o quiere aparentar ser la opción idónea para salvar la nación del comunismo, del socialismo y, en general, de la España republicana que se mira en Rusia. En palabras de Van Dijk (1996, pp. 32-33), la división entre buenos y malos implica que el grupo “autoglorificado” realice descripciones positivas de sí mismo y asocie a su modo de actuar todo lo que se identifica como bueno frente al lado opuesto que representará aquello que es perjudicial para el bienestar del país y de la vida en general. El infundio del terror fue uno de los recursos más empleado por los movimientos fascistas en general y el que concedió mejor resultado a la hora de captar personas para vincularlas a la ideología (Winckler, 1979, p. 85).

José Antonio Primo de Rivera (1935c) concede a la juventud la misión de “llevar a cabo la edificación de la España entera, armoniosa; por sí misma, por la juventud misma que la siente y entiende, sin intermediarios ni administradores” (p. 2). Con todo, no bastaba solo con la juventud biológica, sino que, además, era importante exteriorizarla; esto es, mostrarse con energía, arrojo, animosidad y decisión, palabras con las que se identifica a las personas que se encuentran en esta franja de edad. Desde la óptica falangista, la juventud se definía de la siguiente forma: “Juventud debería ser *vigor, energía, vitalidad, ímpetu arrollador, cerebro y músculo* de todos los actos, y no es más que *pobreza, decadencia, podredumbre, miseria de espíritu*” (Zavala, 1936, p. 5). Primo de Rivera se preocupaba por hacer notar su brío de forma pública, de acuerdo con esta definición, y ridiculizaba a los adversarios que, pese a ser de similar edad, manifestaban una apariencia que les hacía parecer mayores, por lo tanto, quedaban desfasados para el tiempo histórico que se estaba viviendo. Así lo hizo con Luciano de la Calzada Rodríguez, en 1935, quien ocupaba el cargo de jefe de las Juventudes de Acción Popular:

El señor Calzada, por ejemplo, tiene veinticinco años; con ser ello cronológicamente verdad, no hay quien atribuya al señor Calzada menos de sesenta al conocer su voz engolada, su aire serio de hombre que está en todas las combinaciones y su afición, ya irreprimible, a las idas y vueltas de la política (Primo de Rivera, 1935b, p. 1).

No obstante, dentro de la juventud, había un sector muypreciado: el universitario. Como se ha señalado, el movimiento falangista surgió de ambientes universitarios y tuvo su foco central en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, especialmente, desde el Sindicato Español Universitario (SEU), el cual se constituyó el 21 de noviembre de 1933, cuando se presentaron los Estatutos de formación, que recibieron la conformidad del secretario general de la Dirección el 5 de marzo del año siguiente. El SEU nació con la finalidad de introducir la propaganda falangista en la universidad y hacerse con el control de ella (Jato, 1953). Para tal propósito, se promuevía la lucha para erradicar a la otra gran asociación estudiantil, legitimada por el gobierno republicano, la Federación Universitaria Española (FUE), nacida en 1927 de las luchas estudiantiles contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera y los grupos católicos, muy arraigados en las facultades de Derecho y Medicina. Son, por tanto, estos jóvenes universitarios los que conformaban el núcleo inicial de la Falange, el grupo más revolucionario y de quienes partían en buena medida los ataques al enemigo (Soler Gallo, 2020).

Los seuistas contaban con una publicación desde la cual emitían la doctrina falangista, su simpatía por el fascismo mussoliniano y el odio hacia los grupos enemigos, *Haz*, cuyo nombre no deja de ser simbólico, ya que es la traducción al español de la palabra fascismo (procede del latín *fascis*). En este sentido, alude al mundo popular, campesino y de raíz histórica, pues va desde la gavilla de espigas, que representa el pan, producto básico en la alimentación, hasta el haz simbólico de flechas de los Reyes Católicos, con lo que nuevamente se transmite la idea de buscar en la tradición y en la historia los elementos del fascismo español, que adoptan como emblema y referentes positivos. *Haz*, para los fascistas españoles, significaba agrupación de lo genuino español en junta de ofensa y defensa contra los enemigos de España y, por último, también es el imperativo del verbo ‘hacer’, por lo que invitaría a la acción.

En el primer número de *Haz* (26 de marzo de 1935) se publicaron, en la sección denominada “Decanatos” –presente en todos los números y que servía para divulgar consignas breves–, unas palabras en las que se detallaban las formas que debían adoptarse por parte de la juventud en su camino para salvar a España. En concreto se aludía a la necesidad de adoptar de forma pública tres actitudes: “de convencimiento, de ataque y de rechazo a la indiferencia” (26/03/1935, p. 4). La primera representaba una actitud elemental si quería imponerse los ideales falangistas. No solo bastaba con defenderlos, sino que tenían que ser interiorizados y llevar una vida acorde con ellos. Debía existir una correspondencia verdadera entre lo que se pensaba y se era, a fin de que las actuaciones no se quedasen en la pura conjetura intelectual o política, justo lo que le reprochaba a quienes consideraban sus padres intelectuales, la generación del 98. Se trataba de ofrecer una doble perspectiva: la reflexión, que es interior, y el estilo, que es la escenificación pública de esa reflexión que había podido interiorizarse previamente en la privacidad. En palabras de Primo de Rivera (1935a):

Nuestra época no es ya para la soberbia de los esteticistas solitarios ni para la mugrienta pereza, disfrazada del idealismo, de aquellos perniciosos gandules que se ufanaban en llamarse rebeldes. Hoy hay que servir. La función de servicio, de artesanía, ha cobrado su

dignidad gloriosa y robusta. Ninguno está exento –filósofo, militar o estudiante– de tomar parte en los afanes civiles (p. 3).

Esta invitación a la violencia, que incluye la lucha armada, lleva a la segunda actitud, la de “ataque”, que queda definida con las siguientes palabras: “sabremos responder a él con palabras algo más contundentes” (*Ibid.*). En los momentos de lucha es donde debía apreciarse al verdadero militante, pero la lucha no se encontraba solo en la calle, sino en las distintas facultades, en las propias casas y entre las familias.

La tercera actitud debía ser excluida de la manera de ser falangista: la indiferencia. Era preferible que se estuviera con su pensamiento o contra él, antes de que alguien pudiera encogerse de hombros frente a la realidad política o, por el contrario, se limitase únicamente a mostrar gratitud, pero sin comprometerse, que era otra forma de ser indiferente: “Estudiante: Si crees que es cierto lo que defendemos, no nos aplaudas; ven a nuestras filas. Los aplausos satisfacen a los necios. A nosotros nos satisfacen más las bofetadas” (Estudiante, 1935, p. 2). En el discurso de corte fascista no existe capacidad de análisis; es así y así debe ser obedecido. Es típico del fascismo el uso de sentencias a la hora de manifestar sus ideas, que hacen más que certificar la veracidad de estos principios. En palabras de Winckler (1976), se trata de un tipo de lenguaje tautológico que no deja capacidad de reflexión y que no hace más que redundar en los principios que se proponen.

LA RELACIÓN DIALÉCTICA DE LA JUVENTUD FASCISTA CON OTROS GRUPOS GENERACIONALES

Si la juventud marxista resulta imprescindible para oponerse a ella la falangista, existía otra juventud, la de Acción Popular (JAP), ante la cual se mostraba también discordancias, porque debía ser la juventud falangista y no ninguna otra la que se enfrentase a la marxista. En un artículo titulado “La JAP y nosotros” (1935, p. 3) se aclaraban varias de las cuestiones que explicaban las críticas hacia este sector. La primera diferencia entre la juventud falangista y la JAP es que esta era una sección dentro del partido y la Falange “es un movimiento de hombres jóvenes, en el que no puede haber nunca una sección llamada juventud, porque son todos”; en segundo lugar, la Falange buscaba un Estado nuevo; Acción Popular, no, y, además, podía llegar a transigir con otras opciones políticas en determinados temas; la Falange, no. En tercer lugar, la justicia social que patrocinaba la Acción Popular estaba basada en la caridad, en la limosna, en la asistencia social; la Falange, por su parte, creía en una organización en sindicatos en la que la justicia social fuese igual para todos los españoles. Por último, Acción Popular anteponía los intereses de la Iglesia a los del Estado; la Falange, en cambio, incorporaba el sentido católico de la vida, pero siempre estaría primero la supremacía de la nación, salvar a España de cualquier voz enemiga.

Las personas afiliadas a Falange Española no aceptaban que la sociedad no anhelase la España gloriosa, poderosa e influyente de la que hablaba la historia. Desde su perspectiva, el paso a los jóvenes estaba justificado porque sus mayores, en lugar de emprender la lucha, habían optado por la tertulia de café, la lectura infatigable de los comentarios de política liberal, pobre espiritualmente y sin estilo. Según esta percepción, la generación precedente, que podía ser la de sus padres, estaba formada por “viejos cansinos”, y “pecan de ingenuos si creen que con unos azotes vamos a salirnos de la ruta emprendida, de la ruta verdadera por la que se llega al porvenir del Imperio” (Política y juventud, 1934, p. 3). Para esta juventud,

el hombre maduro de hoy –amante de la nómina del Estado–, del sueldo seguro, debe ser mirado por nosotros con desprecio o tal vez con lástima. En el círculo de la nueva política representa el ejemplo clásico de un cero a la izquierda (Mal presente y remedio futuro, 1935, p. 5).

Desde *Haz* se insistía en el carácter heroico de esta juventud. José-Carlos Mainer (2008), quien también aprecia esta característica como inherente al movimiento de Falange Española, afirma que estos jóvenes poseían “conciencia de un destino trascendente, o esa sensación de vivir un momento estelar de la historia” (p. 138). Esta aura de elegidos se puede explicar también por el hecho de haber sido hijos de la Primera Guerra Mundial, lo cual pudo haberles hecho sentir e influir en su ánimo infantil las disputas y las tensiones de aquella sociedad dividida entre aliadófilos y germanófilos. Un fragmento significativo es el siguiente:

Nuestro padre suele ser un buen amigo del orden, *liberalote* y magnífico discutidor en la mesa del café. Acostumbrado a la política, *parlamentaria*, *tranquila* y *mullida*, no quiere comprendernos, y en su loco amor por nosotros, no concibe el que podamos dejar las comodidades y placeres de nuestros veinte años –o nuestros quince, o nuestros veinticinco– por rompernos el alma por las calles (La juventud, los mayores y la Falange, 1934, p. 4).

Con esta actitud, la militancia falangista piensa que la generación precedente atrofia a la ciudadanía la sensibilidad por su historia, por sus tradiciones, por su cultura y por el sentimiento patrio. No solo reniega de sus padres biológicos –nótese, además, el calificativo que se otorga, “liberalote”, el cual, aparte del valor despectivo que concede el sufijo *-ote*, revela un carácter pasivo, abúlico, acomodaticio–, sino que el rechazo se extiende hasta sus padres intelectuales, los autores noventa-yochistas. Pese a que de ellos adoptan el sentimiento de preocupación por España y la convicción de su indestructibilidad, hay consideraciones con las que existen distancias. El sufrimiento por España es compartido, pero se alejan del regocijo en el dolor, de la percepción de que el país ha fracasado en la trayectoria histórica. *Haz* publicó dos artículos reveladores en los que se manifestaba esta postura. El primero se titula “Al intelectual del 98”, y de él es significativo el siguiente fragmento:

Parece que aún le queda en los ojos la pérdida de las colonias. Su acento es *cansado*. Su prosa, *detallista* e *inútil*, destila *aburrimiento*, dejadez, pereza. Tiene un largo historial. Ha pertenecido a varios partidos liberales, republicanos, demócratas. Toda su actividad se limita a sentarse en la mesa del café y charlar, entre sorbo y sorbo, entre cigarrillo y cigarrillo. Ahora anda el hombre un poco *malucho*. Se le indigestan las juventudes. Cuando oye vocear un periódico nacional, español, juvenil, vocifera contra la disciplina, contra el imperio, contra todo. Su eterno tema es la *libertad*, el *parlamentarismo*. Ama a Francia con todo su corazón; tiene algo de *librepensador*, algo de *ateo*, algo de *masón*, algo de *fumador* de ochenta y cinco y mucho de *tonto*.

Como no sabe lo que tiene entre manos, habla de Castilla; y para parecer “avanzado”, del “proletariado internacional”, que se da la mano por encima de las fronteras. Si se trata de defender a este, lo defiende en briosos artículos que empiezan así: “Un camino. Unos árboles a la derecha. A lo lejos, un campanario, da la una. Dan las dos. En una rama, hay

un pájaro. Más lejos, otro; más allá, otro...”. Cuando termina de escribir está contento. Ya ha defendido al que quería.

El intelectual del 98 se sienta satisfecho en la mesa del café a leer en el periódico su artículo. Los demás intelectuales del 98 se sientan satisfechos en las mesas del café a leer en los periódicos el artículo del intelectual del noventa y ocho (Al intelectual del 98, 1935, p. 4).

El segundo está escrito con motivo del fallecimiento del escritor Ramón María del Valle-Inclán, el 5 de enero de 1936. El contenido es similar al del anterior, en cuanto a que se incide en la crítica al pesimismo y a la actitud contemplativa de esta promoción ante la realidad española. Si a los mayores se les identifica con sustantivos como *reflexión* y *pasividad*, estos jóvenes se definen con otros como *heroicidad* y *arroyo*:

Valle-Inclán no era –no podía ser– figura estimable de la juventud que estos días *vive, lucha y muere* por España y por la fe de España. Valle-Inclán era un residuo del pesimismo de la generación del 98, que vociferaba sus amenazas por los cafés con humazo y achicoria. Valle Inclán no comprendía a la generación de hoy –*entusiasmada, decidida* y, si se quiere, *pletórica de optimismo*– como nuestra generación no podía comprenderle a él. Eran dos polos opuestos: su físico *enteco, barbudo y sucio*, y la *alegre limpieza deportiva* de nuestras filas. Pero no por falta de posibilidades de concordia entre su espíritu y el nuestro, sino por la interposición entre ellos de todo ese lastre ideológico del “fin de siglo”. Valle-Inclán estaba cerca de nosotros en el amor a España y en el asco a la España conocida y pública. A Valle-Inclán le ha inspirado siempre España, aunque su desprecio por las mezquindades de España haya cuajado en la crueldad del “esperpento”, agrio, despiadado y sin fe en la redención [...]. Valle-Inclán, como todos sus compañeros de generación del 98, ha confundido a España con las pandillas que pisotean a España. No ha encontrado la vena auténtica española que existe debajo del esperpento. Esa misión queda reservada a los escritores futuros, a quienes descubrirá España el esfuerzo heroico de nuestra generación. Es de desear para ellos que asimilen del ilustre muerto –ilustre escritor solo– la elegancia y la pureza del lenguaje, la frase escueta –aún en los años barrocos de la primera época– y el vigor. Pero que tiren por la borda el ilustre de los prejuicios, la falta de fe, el desprecio y la egolatría que informaban el espíritu de Valle-Inclán (Valle-Inclán, 1936, p. 3).

La situación de ese momento y la de las décadas anteriores que había generado en España un clima de pesimismo se aluden con el propósito de ridiculizarlas, no para explicar su presente, sino para repudiar a estas generaciones que no habían cumplido con su misión de defender a España e impedir que esta se desintegrara, de ahí la apuesta por la juventud, como sector social nuevo, capaz de enmendar la situación. La postura de los hombres del 98 era básicamente intelectual, carente de acción: “Me duele España en el cogollo del corazón [...] ¡Pobre España! ¡Pobre España! ¡Pobre España! Dan ganas de morirse”, había dicho el filósofo Miguel de Unamuno (cit. de Robles, 1996, p. 484). Se habían quedado solamente en el lamento. Gaspar Gómez de la Serna (1954) afirmaba que, con esta actitud, los autores del 98 “mostraban fracaso, evasión, huida hacia la solitaria torre de marfil envuelta en vapores literarios y preocupaciones esteticistas. Ninguno de esos hombres se vuelca de lleno y decididamente en una empresa total de salvación” (p. 285). Si se atiende al contenido de los fragmentos de los dos textos anteriormente expuestos, es decir, si se adentra en la semántica para analizar no solo qué se dice sino cómo se dice, es posible apreciar

recursos lingüísticos dirigidos a establecer oposiciones entre una generación y otra. Destacan los calificativos con los que ellos mismos, los jóvenes, se identifican: “entusiasmada, decidida y, si se quiere, pletórica de optimismo”. El componente “alegre” de la Falange, que se aprecia en el espíritu apasionado de la cita, fue uno de los elementos que José Antonio Primo de Rivera quiso introducir en la manera de ser de sus seguidores, alegría en la revolución y en todos los aspectos de la vida. En el extracto del primer artículo destaca, desde el punto de vista morfológico, el adjetivo ‘malo’ con el sufijo *-ucho* que en español tiene connotaciones despectivas, en este caso tiene el significado que le concede el verbo ‘estar’, es decir, apela al estado anímico y físico que se le presupone a esta generación; así como el adjetivo ‘tonto’, que, según el *Diccionario* de la RAE (2014), en su primera acepción, viene a significar “falta o escaso de entendimiento o razón”. En el segundo artículo también se vuelve a utilizar tres adjetivos con carácter claramente peyorativo. El primero de esta construcción trimembre es ‘enteco’, que el *Diccionario de la RAE* (2014) define como “enfermizo, débil, flaco”, le sigue ‘barbudo’, que caracteriza el físico, un tanto bohemio, de estos autores noventayochistas, que además está compuesto por el sufijo *-udo* que le otorga un matiz despreciativo con el que se alude a una estética caduca y obsoleta y, por último, y el más agravante en esta escala de adjetivos, ‘sucio’, con el que culmina la descripción física que se realiza de ellos, que más bien se acerca al género caricaturesco o esperpéntico. En contraposición, los falangistas se definen por medio de una construcción que sigue un esquema triádico, adjetivo – sustantivo – adjetivo: la *alegre limpieza deportiva*, en la que el primer adjetivo-epíteto forma con el sustantivo un grupo que es calificado por el otro adjetivo, además el sintagma *de nuestras filas*, que será constante en los discursos del movimiento falangista, marca el cariz militar de la organización. El adjetivo ‘deportivo’ es esencial en los fascismos, también en Falange Española, en cuanto a que describe a un conjunto de seres humanos especiales por su pureza, el culto a la salud y el estado físico. Tanto en el fragmento del primer artículo como en el segundo –al igual que en las citas anteriores referidas a sus padres biológicos– se alude, con sorna, al lugar de reunión de los intelectuales y escritores del 98, el ‘café’, enclave que, desde el punto de vista cultural, se le ha ido configurando connotaciones negativas, en el sentido de que propicia el desarrollo de actividades perniciosas para el bienestar físico y mental de las personas, en lugar de las pistas deportivas, donde solo existe el ejercicio físico; en algunos casos, en contacto directo con la naturaleza, como el esquí, la práctica deportiva predilecta del fascismo por su elitismo. La gimnasia, en general, la reproducción del movimiento frente al estatismo es otro elemento común de los fascismos, pues los movimientos no hacen más que evidenciar una uniformidad de estilo, la unidad que necesita el Estado, además de la precisión en ellos tomados de la milicia.

Por medio de estos textos se distingue el tipo de lenguaje utilizado por este sector juvenil para imponer sus creencias sobre aquellas posturas que rechazan. En la revista *Haz*, igualmente, aparecían definiciones sobre personas de ideología opuesta o sobre grupos ideológicos, confeccionadas con un tipo de lenguaje agresivo e incluso sarcástico, que las personas adscritas al movimiento falangista denominaban “viril”, al ridiculizar a quienes quisiesen hacerles sombra y sentirse superiores. Es el caso del liberalismo, que queda definido con las siguientes palabras: “Café y puro después de las comidas”, mientras que el nacionalsindicalismo, que es el ideario social y político del falangismo, es presentado con tres adjetivos: “milicia, renunciación y heroísmo” (Decanatos, 26/3/1935), p. 4). Pero hay otras representaciones del “otro” que merecen exponerse (véase tabla 1). Por un lado, están aquellas que se refieren al comunismo, en las que se realizan alusiones al hombre comunista en general, a Karl Marx, padre del socialismo científico, del comunismo moderno y del marxismo, y a Rafael Alberti, joven poeta a la sazón y comprometido con los ideales

comunistas; y, por otro, aquellas en las que el foco de atención recae en el hombre socialista:

Tabla 1. Insultos e improperios al “otro”. Elaboración propia.

AL HOMBRE COMUNISTA	¿Quién dice que no hay clases? <i>Sí, señor; por lo menos hay dos: una integrada por los hombres que piensan; otra, por los comunistas (Decanatos, 2/4/1935, p. 5).</i>
	<i>Las células comunistas se reúnen en las tabernas y cafés. Hacen la revolución detrás de un vaso de vino, y claro, ¡así sale ella (Decanatos, 9/4/1935, p. 4).</i>
A KARL MARX	<i>Nos da pena ver cómo algunos desgraciados luchan aún por ideales marxistas. Ningún español puede dormir tranquilo mientras haya otro español que no sepa que Marx era un repugnante judío, traficante de carne obrera (Decanatos, 2/4/1935, p. 5).</i>
A RAFAEL ALBERTI	<i>Escribe palabrotas y blasfemias ensartadas con divagaciones narcisistas y las publica por ahí, diciendo que son poesías. Habla de revolución; pero da un tonillo especial a la palabra que impulsa a decir: “¡Ay! ¿Sí? ¡Por Dios, no diga!” (El poeta revolucionario, 1935, p. 5).</i>
AL HOMBRE SOCIALISTA ‘COBARDE’	<i>Cuando un hombre no sabe ponerse frente a su enemigo y decirle en la cara lo que de él piensa; cuando se le insulta o se le dicen verdades y vuelve la cabeza; cuando apela al procedimiento del disimulo y de la hipocresía... ¡no lo penséis más! Es socialista (Decanatos, 2/4/1935, p. 5).</i>
AL HOMBRE SOCIALISTA ‘AFEMINADO’	<i>Nos consta que algunos elementos socialistas, en sus ratos de ocio, se dedican a arreglarse el entrecejo y a quitarse el vello de las manos (Decanatos, 9/4/1935, p. 4). Con sus ademanes afeminados y taconeando bien, se dirige a un bar cercano y habla a otros como él o peores que él. Ya se han reunido. Son muy hombres y van a hacer una hombrada. [...] Quizás sea un fenómeno raro; pero el chulillo callejero, cuando se mete en política, es siempre socialista (El flamenco, 1935, p. 5).</i>

La juventud fascista se identifica en todo caso con la masculina, ya que el sector femenino para el fascismo no tenía importancia en el combate político, sino que sería necesario posteriormente cuando, una vez derrotado el enemigo e implantados sus pilares ideológicos en la sociedad, sirviera de complemento para engendrar la descendencia y consolidar la doctrina en las nuevas generaciones. En los textos, cuando se quiere aludir a las mujeres, se hace de forma aparte, nunca en conjunto como parte de la población. Esta juventud masculina fascista representa el arquetipo tradicional del hombre-varón e insulta y desprecia a todo hombre opuesto a la doctrina con palabras que dibujan a un ser que es hombre biológico, pero no culturalmente varón, de ahí la utilización de adjetivos para calificar la poca hombría existente fuera del fascismo, tales como ‘cobarde’, ‘afeminado’, ‘señorito’, aparte de otros que aluden a una corriente antisemita.

No obstante, la apuesta por la juventud por parte de Falange Española resultó ser un argumento utilizado como arma arrojada por los grupos contrarios para restar crédito a sus actuaciones, ya que sus integrantes eran considerados una reunión de “chiquillos”, de ahí el empleo de este término y del adjetivo ‘chiquilladas’ como insulto, como se aprecia en la siguiente cita:

Todos los días oímos repetido, innumerables veces: “Son *chiquilladas*. Ya se les pasará. Son muy *chicos* todos”. Al principio nos amargaba al oírlo. Ahora nos regocija. ¡Oh, sí! Somos *chiquillos*. Nuestros puñetazos son de *chiquillo*, aunque hacen bastante daño. Nuestros actos son *chiquilladas*, y el día que terminemos con el marxismo, a costa de nuestra sangre de *chiquillos*, no serán precisamente los mayores los que vendrán a derribar nuestra obra. Serán los otros *chiquillos* los que dirigirán el mundo, y si los mayores se horrorizan y rasgan sus vestiduras, tanto peor para ellos (La juventud, los mayores y la Falange, 1935, p. 4).

El *Diccionario* de la Real Academia Española (2014) define ‘chiquillo’ como niño, muchacho, pero, en un plano coloquial, ambos vocablos son utilizados para identificar a un grupo de personas de poca edad. En el caso de ‘chiquilladas’, define un tipo de comportamiento descentrado en el que ocupa poco lugar la reflexión. Esta fue la idea que se quiso difundir por parte de los otros¹. En cambio, como decimos, esta generación de jóvenes se sentía plenamente identificada con la tragedia, por eso, lo que para unos eran muestras de irresponsabilidad y de delirio, para ellos, era la revolución auténtica, la de la sangre, la de dar la vida, que se hacía visible en la ausencia de temor a la muerte, si con ello se liberaba a España del enemigo:

¡Entendimiento de la tragedia! En orden de combate, sabiendo lo que debe a la vida y lo que a esta ha de darla, sereno, con la fe en la restauración de los valores eternos y dramáticos, nuestra generación saca a tiras de su carne las razones para enseñar a vivir una vida heroica y sana, trágica y constructiva. (Nuestra generación y la tragedia, 1934, p. 4).

CONCLUSIONES

Con la Guerra Civil iniciada, la retórica idealista defendida por aquella juventud fue disipándose para dar lugar a la acción de matar por matar, a la pura barbarie de un enfrentamiento bélico enconado. Del mismo modo, la juventud falangista observaba que la Falange que se había defendido había ido transformándose, sobre todo, tras el fusilamiento de Primo de Rivera y la posterior firma del decreto de unificación de abril de 1937. Es también aquí cuando el nombre del movimiento se amplía para resultar Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FET y de las JONS). En estos momentos, la juventud que andaba revuelta por las calles y los pasillos de las distintas facultades se presentaba como adulta, una evolución natural que encajaba a la perfección con el nuevo referente: Francisco Franco. Representativas, en esta línea, son las palabras de José María de Areilza, nombrado alcalde de Bilbao tras la toma de esta ciudad por las tropas nacionalistas el 8 de julio de 1937:

Nos habéis salvado por conquista, por la *fuerza*, a *tiros* y a *cañonazos* en una palabra [...] Nada de pactos y agradecimientos póstumos. Ley de guerra, *dura*, *viril*, *inexorable*. Ha habido, ¡vaya si ha habido, vencedores y vencidos! Ha triunfado la España Una, Grande y Libre, es decir, la de la Falange Tradicionalista (cit. de Anasagasti y Erkoreka, 2003, p. 145).

Ilustrativo resulta también el panfleto que Giménez Caballero escribió a raíz del decreto de unificación de abril del 1937, en el que mostraba su entusiasmo ante la evolución sufrida por Falange Española, la cual se “ha hecho hombre”: “La Falange –hecha hombre–, ¡conquista del Estado!”

1 En este sentido, se localiza en unas palabras de Pilar Primo de Rivera (1938), hermana de José Antonio y fundadora de la Sección Femenina, organización encargada de la educación y el adoctrinamiento de las mujeres españolas según los parámetros falangistas, esta desconsideración que recibió Falange Española a causa de la juventud de sus integrantes: “Era una juventud alegre y decidida, con ímpetu revolucionario, calificada como la insensatez de unos cuantos niños locos” (p. 34).

(1937). El considerado teórico del fascismo español afirmaba la magnificencia de la transformación al pasar de la influencia y el mando por parte de unos jóvenes intelectuales a las recias manos de un militar. Decía así:

A su frente no ya un estudiante, no ya un joven civil, sino el hombre con la categoría que hubiese tenido el José Antonio de hoy: con categoría de general, de Caudillo. De adalid de una guerra universal, que va a salvar el mundo. El general Franco estaba a la cabeza de la Falange Tradicionalista y de las JONS. El Estado estaba conquistado. Faltaba ahora terminar de conquistar la nación. Y después, ¡Imperio!, al mundo (cit. de Arenillas de Chaves, 1976, p. 312).

Este nuevo capítulo en la historia del fascismo español forma parte de otra etapa de estudio en el que el lenguaje variará su enfoque y significación para reflejar una realidad impregnada por el militarismo y el integrismo católico, propio de la nueva doctrina del régimen franquista, que pasa del nacionalsindicalismo falangista al nacionalcatholicismo. La juventud que vive en la dictadura no tomará la voz libremente como hizo durante el contexto de la II República, ni pretenderá ostentar el control de la acción, sino que será adoctrinada desde los órganos de poder, en el recato, la moralidad y en el temor a la autoridad civil, militar y religiosa.

REFERENCIAS

- Al intelectual del 98. (02/04/1935). *Haz* (2), 4.
- Anasagasti, I. y Erkoreka, J. (2003). *Dos familias vascas: Areilza-Aznar*. Madrid: Foca.
- Arenillas de Chaves, I. (1976). *El proceso de Besteiro*. Madrid: Revista de Occidente.
- Decanatos (26/03/1935). *Haz* (1), 4.
- Decanatos (02/04/1935). *Haz* (2), 5.
- Decanatos (1935/09-04). *Haz* (3), 4.
- Eco, U. (2002). Ur – Fascism. En *Five Moral Pieces* (pp. 77-86). New York: Harcourt, Inc.
- El flamenco (9/4/1935). *Haz* (3), 5.
- Estudiante (02/04/1935). *Haz* (2), 2.
- García Santos, J. F. (1980). *Léxico y política de la Segunda República*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Gómez de la Serna, G. (1954). *España en sus episodios nacionales*. Madrid: Ediciones del Movimiento.
- Jato, D. (1953). *La rebelión de los estudiantes. Apuntes para una historia del alegre SEU*. Madrid: CIES.
- La JAP y nosotros (15/07/1935). *Haz* (6), 3-4.
- La juventud, los mayores y la Falange (19/07/1935). *Haz* (7), 4.
- Mainer, J. C. (2008). *La Corona hecha trizas (1930-1960). Una literatura en crisis*. Barcelona: Crítica.
- Mal presente y remedio futuro (26/03/1935). *Haz* (1), 5.

Neocleous, M. (1997). *Fascism*. Buckingham: Open University Press.

Nuestra generación y la tragedia (19/7/1934). *F. E.* (5), 4.

Nuestro fin. (26/03/1935). *Haz* (1), 5.

Paxton, R. O. (2004). *The Anatomy of Fascism*. New York: Knopf.

Payne, S. G. (1965). *Falange. Historia del fascismo español*. París: Ruedo Ibérico.

Política y juventud (12/07/1934) *F. E.* (14), 3.

Primo de Rivera, J. A. (16/03/1933). El fascio no es un régimen esporádico. *El fascio* (1), 4.

Primo de Rivera, J. A. (1935a). España incómoda. *Haz* (1) (26 de marzo), 3.

Primo de Rivera, J. A. (1935b). Nupcias estériles. *Arriba* (15) (27 de junio), 1.

Primo de Rivera, J. A. (1935c). Juventudes a la intemperie. *Arriba* (18) (7 de noviembre), 2.

Primo de Rivera, P. (1938-1939). Historia de la Sección Femenina. *Y. Revista para la mujer* (1-16) (fascículos).

Real Academia Española. Chiquillo. En *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed. <https://dle.rae.es/chiquillo?m=form>

Real Academia Española. Enteco. En *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed. <https://dle.rae.es/enteco?m=form>

Real Academia Española. Fascismo. En *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed. <https://dle.rae.es/fascismo?m=form>

Real Academia Española. Tonto. En *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed. <https://dle.rae.es/tonto?m=form>

Soler Gallo, M. (2019). Los Reyes Católicos en la retórica persuasiva falangista (1933-1945). *Estudios de Lingüística del Español* (40), 27-46. <https://raco.cat/index.php/Elies/article/view/363487>

Soler Gallo, M. (2020). En torno al término universitario en el discurso falangista de la II República (1933-1936). *Discurso & Sociedad*, (14) 1, 142-167. [http://www.dissoc.org/es/ediciones/v14n01/DS14\(1\)SolerGallo.pdf](http://www.dissoc.org/es/ediciones/v14n01/DS14(1)SolerGallo.pdf)

Southworth, H. R. (1967). *Antifalange: estudio crítico de Falange en la guerra de España de Maximiano García Venero*. París: Ruedo Ibérico.

Unamuno y Jugo, M. de (1996). *Epistolario Americano (1890-1936)* (Ed., intr. y notas de L. Robles). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Valle-Inclán (30/01/1936). *Haz* (13), 3.

Van Dijk, T. (1996). Análisis del discurso ideológico. *Versión* (6) (octubre), 15-43.

Van Dijk, T. (2008). *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.

Winckler, L. (1979). *La función social del lenguaje fascista*. Barcelona: Ariel.

Zavala, M. (1936). Paso a los jóvenes. *Haz* (12) (8 de diciembre), 5.